

# SAINETE

TITULADO:

## EL CHICO Y LA CHICA.

PERSONAS.

JUANILLO.  
EL TIO GINÉS.  
ROSITA.

EL TIO PEDRO LANAS.  
LA TIA BLASA, vieja.

*El teatro representa sala de un labrador, con puertas á los lados; en la fachada pared con una ventana rasgada, abierta; cortina medio corrida; debajo una grande escarpia; una mesa, dos taburetes viejos, algun banco, etc. Estará Rosita sentada hilando y cantando el airecillo siguiente:*

¡Ay Rosita infeliz,  
si á Juanillo le diere  
gana de venir!

Mi padre no saldrá,  
ni á mi me dejará,  
porque está su mercé  
receloso desde ayer.

Todo es ir y venir,  
todo entrar y salir,  
yo no sé qué será,  
ni puedo sosegar.

¡Ay Rosita infeliz,  
si á Juanillo le diere  
gana de venir!

¡Ay Rosita infeliz!

*Sale la tia Blasa con rueca, vestida de  
paya, con montera y rebozo.*

*Blasa.* Alabado sea el Señor.

*Ros.* Dios guarde á usted, tia Blasa.

¿A qué vendrá aquí esta vieja? (Ap.)

¿Que busca usted?

*Blasa.* Nada, nada. (Enfadada).

¿Dónde está tu padre, niña?

*Ros.* Yo no sé; todo lo anda

de arriba abajo, entra y sale,

y en parte alguna descansa.

*Blasa.* Mejor cuenta le tendria

estarse siempre en su casa.

*Ros.* ¿Ha cerrado usted la puerta?

*Blasa.* No, no, no.

*Ros.* ¿Qué es lo que anda  
usted mirando?

*Blasa.* ¿Es allí  
donde tu tienes la cama?

*Ros.* Si señora.

*Blasa.* ¿Y dónde duermes?

*Ros.* Ya se vé.

*Blasa.* Mira, muchacha:

la virtud es un tesoro

tan grande, que no le igualan

ni los diamantes ni el oro,

ni las joyas, ni la plata;

sobre todo en las doncellas....

¡Ay Rosita! ¿quien se hallara

en aquel feliz estado!

ten cuenta con mis palabras:

el honor es una rosa

que hasta del aire se aja....

*Ros.* ¿Qué me quiere usted decir?

*Blasa.* Ya me entiendes, buena maula,

*Ros.* No por cierto.

*Blasa.* ¿Qué, te ries?

¿Piensas porque soy anciana,

que chocheo? Pues ya, ya,

ya verás lo que te aguarda.

No les daban á los hijos

sus padres esa crianza

en mis tiempos. ¡Ah costumbres!

Yo te aseguro, bellaca,  
que tu me las pagarás.

Ros. ¿Pero por qué me amenaza  
usted, tía?

Blasa. Hé, la mocosa,  
la mona, que ayer mañana  
mamó, y al instante quiere  
subirsenos á las barbas.  
Dile á tu padre que tengo  
que decirle, que no salga;  
luego volveré. ¿Qué miras?  
Ya lo verás; calla, calla. (Vase).

Ros. ¡Con qué entusiasmo vendrá  
esta vieja! Vaya, vaya,  
que es hoy mal día: ni sé  
como estoy, ni tengo gana  
de hacer labor.

(Deja la rueca; se pone pensativa).

Sale Ginés.

Gin. Bueno, bueno.

Ros. ¡Padre mío! ¿Qué ahí estaba  
usted?

Gin. Si señora, aquí estoy  
viendo como usted trabaja.

Ros. Yo....

Gin. Tu... qué?

Ros. De ver a usted  
que en parte ninguna para,  
y tan inquieto, estoy tan...

Gin. Tan... qué?

Ros. Tan desazonada.

Gin. Pues qué tienes tu la culpa?

Ros. Como usted luego que acaba  
de comer se echa a dormir  
siempre la siesta.

Gin. Está mala

la tarde y algo revuelta.

Vete á hilar adentro, marcha.

Ros. ¿Y si á usted se le ofrece algo?

Gin. Yo te llamaré.

Ros. ¿Qué cara  
que tienes! ¡Pobre Juanillo,  
si ahora vienes y te agarral (Vase).

Gin. Mejor quisiera guardar  
en desierto una manada  
de carneros sin cayado  
ni perros, que una muchacha  
cuando el corazón la empieza  
á decir que ya se halla  
en edad de que la den  
sus padres lo que la falta.

Sale Rosita corriendo.

Ros. ¡Ay padre mío!

Gin. ¿Qué traes?

Ros. Que ha venido esta mañana

un recado del alcalde,  
y sin duda que le aguarda,  
según la prisa traía,  
para cosa de importancia;  
vaya usted pronto.

Gin. Ya iré.

Ros. Y á comprar tambien cebada,  
que es menester.

Gin. Bien está.

Ros. ¿Dónde dejó usted la capa?

Gin. Allí.

Ros. Bien pudiera usted  
bajar á ver cómo labra  
la huerta el nuevo hortelano.

Gin. Qué empeño de que yo salga  
tienes hoy, Rosita.

Ros. Yo...  
como en estando usted en casa  
se pone de mal humor,  
y cualquier cosa le enfada...

Gin. Dime, ¿qué, te enfado á tí?

Ros. ¿A mí? Lo dirá usted en chanza;  
y sino, quédese usted,

ya iré á ver qué nos manda  
el alcalde, y de camino....

Gin. No, hija mía de mi alma,  
yo agradezco tus cuidados;  
pero aguardo á Pedro Lanás.

Ros. ¿Quién, al padre de Juanillo?

Gin. Sí, no me ha salido vana (Ap., viv.)  
la malicia; apuesto un cuarto

á que ahora le esperaba.

Ros. Ya no saldrá. (Ap., triste).

Sale el tío Pedro Lanás

Ped. Buenas tardes,  
tío Ginés.

Gin. Tío Pedro Lanás....

Ped. Adios, Rosita.

Ros. Está usted  
bueno, tío Pedro? (Agradable).

Ped. A Dios gracias  
tengo salud. Ya lo veo,  
tu cada día mas guapa.

Ros. Y muy criada de usted.

Ped. Lo agradezco. Mi cuñada  
me ha dicho que metenias  
algo que decir.

Gin. Sí, calla.

¿Qué haces tu aquí? (A Rosa).

Ros. Voy á seguir  
mi labor. (Sentada).

Ped. Es aplicada.

Gin. Mucho. Vete á la cocina  
á disponer unas magras.

Ros. Ya están.

Gin. Pues vete á la huerta  
á coger una ensalada.

Ros. ¿Qué tendrán que hablar?

(Se levanta y da vueltas).

Gin. ¿Qué buscas?

¿Por qué das vueltas?

Ros. Por nada.

(Vase, y Ginés la sigue con cautela, y vuelve).

Gin. Con que, amigo Pedro, ¿cómo van las viñas?

Ped. No van malas.

Gin. Lo que va á peor cada vez son los hombres.

Ped. ¿Me buscabas para darme esa noticia?

Gin. Ya se fué. Cosa mas árdua (Vuelve á acechar).

es para lo que te llamo.

¿Conoces bien esta espada?

Ped. Es de goiſta; tres siglos há que dura vinculada en mi familia; con ella en tiempos que yo rondaba, he dado mas de mil golpes y millares de punzadas.

Gin. ¿A quién?

Ped. A los perros que me sentian y ladraban.

¿has visto qué hoja tau dural

Gin. Mucho.

Ped. ¿Qué fuerte la taza!

Gin. Ya lo he visto todo; ahora atiéndeme con cachaza.

Ped. Vamos, dí, dí, ya te escucho.

Gin. Tu eres un viudo, á Dios gracias, y yo otro viudo.

Ped. Es verdad.

Gin. Nuestra mujer, que Dios haya, nos dejó á tí un hijo, y una hija á mí.

Ped. Muy bizarra.

Gin. Ahí está para servirte.

Tambien tu chico es alhaja.

Ped. Tu servidor.

Gin. Pues, amigo, yo me hallo es las circunstancias de perderte ahora un consejo.

Ped. ¿Sobre qué?

Gin. Atiéndeme.

Ped. Habla.

Gin. Si el muchacho que tu tienes te se volviera muchacha, y estando ausente ó dormido, de noche te la rondara algun mocito, ¿qué hicieras?

Ped. ¿Qué hiciera? Si era de mala familia ó malas costumbres el mocito, le pillara

y le diria: Fulano, vete, que en vano te causas; pues mi hija no es para tí, porque tu eres un canalla, un borracho, un holgazan; (lo que fuera) y si me pasas otra vez por estas puertas, ó te arrimas á estas tapias, te mataré. Y con efecto, si volvía, le matara, matara á mi hija, y en fin, matara toda su casta.

Gin. Matáras á todo el mundo.

Mas volvamos la medalla.

¿Y si el tal te convenia?

Ped. Esa ya es otra tonada.

Si me convenia, entonces

ó llamaria ó buscaria

al padre del tal muchacho,

y le diria: esto pasa;

hombre, los niños se quieren;

yo no tengo repugnancia,

¿tu tampoco? ¿No? Pues vamos

al negocio, se ajustara

todo, tres mas ó menos,

y acabose la demanda.

Gin. Pues de ese modo, Perico,

no estrañarás que yo haga

lo que tu hicieras. Ayer,

cuando me volví á mi casa,

encontré la puerta abierta,

y aunque algo oscura la sala

por ser la Oracion, allí,

entre la mesa y la tapia

divisé un bulto, que iba

escapando a cuatro patas.

Yo, creyendo que era un perro,

le dí un puntapié; hé, marcha

á la calle, cuando mi hija

del pescuezo se me abraza,

diciendome: ¡Ay padre miol!

¿con qué cuidado que estaba

ya, y qué tarde viene usted!

Ped. ¿Y qué la dijiste?

Gin. Sacá una luz.

Ped. Sacó la luz;

¿y despues?

Gin. Hallé esta espada

y no mas.

Ped. ¿Adónde? (Admirado).

Gin. Allí.

Ped. Ah! ah! ¿de ese modo el que anda

a cuatro pies es mi hijo? (Riéndose).

¿Cómo negará la casta?

Yo tambien cuando muchacho

tenia esas humoradas.

Gin. Yo tengo otras; y así dile

que no vuelva, ni me haga

la burla otra vez del perro, porque le pondré una maza, que aunque le arranquen despues la cola, no se le caiga.

*Ped.* Pero hombre, si los muchachos, segun parece, se aman, pudiéramos....

*Gin.* A eso voy, y eso es lo que yo pensaba.

*Ped.* ¿Qué dote le piensas dar á tu hija?

*Gin.* Todo y nada.

*Ped.* ¿Y tu al tuyo?

*Ped.* Nada y todo. El es solo.

*Gin.* Mi muchacha tambien es única, y mientras heredáre le que haya, le daré todo lo que haya hilado esta semana; el guardapiés de su madre, con que se casó la hermana de su abuela, que aunque roto, no tiene ninguna mancha; le daré sus dos pendientes, y cruz de piedras de Francia; su par de guantes de seda, sus cintas, su ropa blanca, y lo principal de todo, que es la mitad de la cama hacia el rincon; la otra media tu verás si quieres darla á tu hijo, y sino que duerma! á tu hijo ó sobre el arca.

*Ped.* Yo creo que les daremos entrambos cosas que valgan muy poco, y hagan subir de valor y sonar mucho la carta de dote.

*Gin.* Así se practica. ¿Y cuándo piensas que se haga la boda?

*Ped.* Este mes de agosto.

*Gin.* Es la fuerza de mis parvas entonces, y yo no puedo; lo mejor será dejarla para octubre.

*Ped.* ¿Y mis vendimias?

*Gin.* Pues trasládese á la Pascua de Navidad.

*Ped.* Mejor es. *Gin.* Pues no se hable mas palabra en ello. Daca esa mano.

*Ped.* Toma, y queda la alianza indisoluble.

*Gin.* Lo mismo que si estuviese firmada. Lo que importa es el secreto, pues si los chicos alcanzan

á saber esta concordia entre los dos, adelantan ellos la suya, y salieron todas las cuentas erradas.

*Ped.* Bien dices; mejor será fingir que estamos de mala fe los dos todo este tiempo.

*Gin.* Me conformo. *(Se levantan).*

*Ped.* La muchacha viene.

*Gin.* ¿Si nos habrá oído?

*Ped.* Disimula. *(Sérto).* Es muy villana esa accion.

*Ped.* Mas lo es esotra; y si á que sois no mirára un viejo....

*Gin.* El viejo lo es él, y mire bien cómo habla.

*Sale Rosita asustada.*

*Ros.* ¡Ay, san Antonio! que riñen.

*Ped.* Eres un ruin.

*Gin.* Tu un canalla.

*Ros.* ¿Por qué?

*Ped.* Mira...

*Gin.* Mira tu...

*Ros.* Padre mio de mi alma, *(Llorando).* teneos.

*Ped.* Le he de matar.

*Ros.* Por Dios, Sr. Pedro Lanas.

*Ped.* Tu te acordarás de mí.

*Gin.* Y tu de mí.

*Ped.* No me caiga mas piedra sobre mis viñas, ni en el vino gota de agua, si vuelvo á verte ú hablarte en mi vida. *(Vase).*

*Ros.* ¡Virgen Santa! ¿qué maldiciones! Señor, ¿qué es esto?

*Gin.* Daca la capa.

*Ros.* ¿Pues dónde va usted?

*Gin.* Al infierno.

Si sé que miras ú hablas en tu vida á ese insolente, á su hijo, á su cuñada, á sus criados, ó cosa que le toque ú que le taña, te he de cortar las dos piernas. Pues al Juanillo... qué ganas le tengo....

*Ros.* ¡Pobre de mí!

*Gin.* Cuenta que á nadie abras la puerta... pero mejor será dejarte encerrada.

*(Quita la llave y vase, cerrando por fuera).*

Ros. ¿Por qué será esto, Dios mio?

¿Pues hasta ahora no estaban tan amigos? ¿Yo no ver á Juanillo? ¡Desdichada de mí! ¿Qué haré? Obedecer á mi padre. Si llegara ahora... Dios me libre. ¡Ay, que me parece que llamas! El será.

(Dentro Juanillo).

Juan. Rosa, Rosita.

Ros. El es; mas si está cerrada la puerta y no tengo la llave.

Juan. Tu padre se ha ido á la plaza; abre, Rosa, que yo soy.

Ros. Yo no le respondo; guarda, me alegro que está cerrado; si supiera lo que pasa; ¿si le reñirá su padre? ¡Cómo me baten las alas del corazón! ¿Si se habrá ya ido? Si, que no llama. Voy quedito; con efecto, ¡qué poca paciencia gasta! Pues en casándose... ¡Ay! (Asustada). ¡quién menes la ventana. Yo me escondo. (Se oculta).

(Juanillo por la ventana haciendo lo que va diciendo).

Juan. Rosa, Rosa;

con efecto, no está en casa. Rosa, toma un ramillete; voy á echarle en su canasta, que allí le hallará. ¡Qué tino tan puntual! Pero si le halla

(Cae en medio del tablado).

su padre á ella le pisa, se perdió. Aquí hay una escarpia grande y debajo una mesa. ¿Si podré bajar? Dios vaya conmigo. Adios, el sombrero

(Se le cae hácia dentro).

al huerto de la tía Blasa fué á parar... pero no importa.

(Ha bajado).

Mejor huele que la albahaca y el cantueso el cuarto; bien se conoce que es la estancia de Rosita; cuando encuentre el ramo, ¡qué sofocada y aturrida se verá!

Yo escapo. ¡Quién se trocára en chinche, para quedarse entre la mesa, y picarla cuando cierre.

(Sube sobre la mesa).

Ros. El picaron se va sin decirme nada; voy á tirarle el dedal. (Se le tira).

Juan. ¡Ah picara, que ahí estabas!

(Baja otra vez).

Ros. Vete, vete.

Juan. Pero dime...

Ros. No hay que decir. Que te vayas.

Juan. ¿Por qué te escondes?

Ros. Mi padre casi ha reñido á puñadas con el tuyo.

Juan. ¿Por qué?

Ros. Vete.

Juan. Pero escucha una palabra.

Ros. De rodillas te lo pido.

Juan. Ya me iré.

Ros. Si algo te tardas, me pierdes. Vete.

Juan. Rosita, ahora no me dá la gana, (Se sienta). ¿Con que han reñido?

Ros. Sí, vete.

Juan. No quiero. Dime la causa.

Ros. Juanillo, vete, ó te tiro esta vedija de lana.

Juan. Mira no me descalabres. Pero parece que andan en la puerta.

Ros. Mi padre es. ¡Pobre de mí!

Juan. Calla, calla, que ya me voy.

Ros. Que te coge.

Juan. Que se aguarde. Esta ventana se ha hecho mas arriba, desde que bajé, mas de una vara.

Ros. Ya abrió; corre la cortina y tente sobre la escarpia.

(Lo ejecuta como se dice).

Juan. ¿Y si me caigo?

Ros. No importa, si no te ve.

Juan. Muchas gracias.

Juanillo se mantiene sobre la escarpia, cubierto con la cortina, y saca la cabeza á veces. Rosita asustada. Sale el tío Gines.

Gin. Buena fortuna ha tenido



de que yo no le topára.

Ros. ¿Quién, padre mío?

Gin. Ese Juan, hijo de Pedro Lanás.

Toma, la hacienda; el dedal por tierra; la descuidada, la nécia; miren qué bien gobernaría una casa.

Ros. Yo señor.

Gin. La perezosa, que no es buena para nada mas que para enamorarse;

¿y de quién? de un papanatas, un vagabondo, un tribon, que enamora a todas cuantas solteras tiene el lugar.

Toma la labor, y canta, que sueño tengo. (Se sienta).

Ros. Mejor estaría usted en la cama.

Gin. Bien estoy aquí; no quiero mas que dar dos cabezadas; en durmiendo media hora despiértame. Vamos, canta; ¿no cantas?

Ros. Ya voy, señor.

Gin. Oyes, alguna tonada de gusto, que a mí, aunque duerma, ni una gota se me escapa.

(Empieza a dormir; Juanillo se asoma; Rosita le mira, y con alguna alteracion canta el siguiente dístico gracioso).

«Erase un pajarito gracioso,  
que cantaba en el bosque de amor,  
y subido sobre una ramita  
no volaba por el cazador.

Juan. ¿Se ha dormido?

(Sin cesar la música).

Ros. Estate quieto.

Juan. Que me caigo, como hay Dios,

Gin. ¿Qué dices?

Ros. Estoy quieto repasando la cancion.

«Acechando por entre las hojas  
y las ramas del mirto de amor,  
escuchaba de su pajarita  
los halagos y la tierna voz.

Juan. Achi, achi. (Estornuda).

Gin. Dios te ayude. (Durmiendo).

Ros. Y a usted también.

Juan. ¿Se durmió?

Ros. Parece que sí.

Juan. ¿Quién fuera mosquito en esta ocasion!

Ros. «Alte nando en acordes acentos anoche y dia pasaban los dos...

Juanillo á querer esforzarse pará subir á la ventana, le falsea la esarpija; cae sobre la mesa, y esta y él al suelo con todo lo que habia encima; de modo que hagan un grande ruido, y despierta el tío Ginés asustado.

Ros. ¡Ay Juanillo!

Gin. ¿Quién está ahí?

Ros. ¿quién está ahí? ¿se caen las tapias?

Ros. Es Juanillo

Juan. Si soy yo,

tío Ginés, ¿de qué se espanta?

Gin. ¿Y á qué vienes aquí? ¿es ese modo de entrar en las casas?

Pensé que el techo ¡Jesus!

sobre mí se desplomaba.

Juan. ¿Qué, es usted medroso?

Ros. Chico, (Ap. con él).

¿Te has roto algo?

Juan. Sí, las nálgas

me he partido por en medio.

Gin. Qué es eso? ¿te has puesto mala

(A Rosita):

tu? Mira de lo que sirves. (A Juan).

Nina, bebe un poco de agua.

Ros. Ya estoy mejor.

Gin. ¿A qué vienes

aquí tu?

Juan. Si me enviaba

mi padre. ¿qué le diré?

Gin. ¿A qué? ¿qual tiembla! Despacha.

Juan. A que usted le hiciese el gusto

de enviarte por hoy su albarda,

porque las de su merced....

Gin. ¿Qué dices, hombre?

Juan. En la cara

parece que por ahora

esta usted bueno, a Dios gracias,

y la señora Rosita.

Gin. Sí, hijo; ya entiendo la maula;

pero véte, antes que yo

te haga salir.

Juan. ¿Por qué causa?

Gin. Preguntácela a tu padre;

mas véte aquí.

Juan. Esto faltaba.

Salte el tío Pedro Lanás.

Ped. Se me olvidó... mas ¿qué tienes que hacer aquí tu, canalla?

Juan. Yo pasaba por aquí, y como le tengo tanta ley al tío Ginés...

Gin. Embustero,

¿pues ahora mismo no acabas

de decir que te envía Pedro  
á que le preste mi albarda?  
**Ped.** ¿A barda yo, y cada bestia  
tiene la suya en mi casa?  
**Gin.** Enredador...  
**Juan.** La verdad,  
era para un camarada  
mio.  
**Ped.** ¿Quién?  
**Juan.** Hermenegildo  
él rubio.  
**Ped.** Si está en Granada.  
**Juan.** Pues sería para otro.  
¡Hay tal apretar!

*Sale la tía Blasa.*

**Blasa.** Deo gracias;  
me alegro hallar á todos  
juntos. Bendiga la parva  
el Señor que la crió.  
**Gin.** ¿Qué es eso, señora Blasa?  
**Blasa.** Bien dicen, que la desidia  
de los padres es la causa  
de perdición en los hijos.  
Miren aquí, que crianza.  
Vagabundo.. ¿y tu? ¡Ah buen Ginés!  
Picarilla descarada...  
sí, sí, la que pierde madre,  
pierde el castillo y la guardia.  
En mi tiempo eran los padres  
los que á las hijas guardaban,  
y ahora conducen las hijas  
á los padres por la barba.  
Así el cielo está irritado.

**Gin.** ¿De qué?  
**Ped.** ¿De qué?  
**Blasa.** Como alzara  
la cabeza ahora tu madre, *(A Rosita).*  
¡que azotes que te esperaban!  
**Ros.** ¿A qué ha venido usted ahora?  
**Blasa.** No mas que á decir que abran  
los ojos á vuestros padres,  
que tienen muchos legañas.

*(Riense todos).*

Reid, enseñad los dientes,  
que si me descoso...  
**Ped.** Vaya,  
descósase usted, y despache.  
**Gin.** Abuela, no sea cansada.  
**Blasa.** ¿Abuela yo? mire el niño,  
y cumplió la última Pascua...  
**Gin.** Ahora no viene al caso  
la edad aquí para nada.  
**Ped.** ¿Quiere dejarnos en paz?  
**Blasa.** Mas la tienen perturbada  
en el lugar vuestros hijos,  
que todas las noches se hablan

por aquella ventanilla,  
saltando huertos y tapias  
este pícaro.

**Juan.** Es embuste.  
**Ros.** ¿Qué testimonios levanta  
usted, tía.

**Blasa.** ¿Testimonios?  
¿Negarás que ahora llamabas  
á esta puerta?

**Juan.** Para entrar  
cualquiera que viene llama.

**Blasa.** ¿No diste despues la vuelta  
por la calleja á la espalda  
de esta, y trepando como un  
gatillo por la muralla;  
saltaste á mi huerto?

**Juan.** ¿Yo?

**Blasa.** Tu; yo vi cómo trepabas  
sobre mi higuera, y caiste  
porque se tronchó la rama  
mejor. Reniego de ti.

Y luego con mucha rabia  
te levante y te asiste  
del marco de esa ventana,  
y entraste...

**Juan.** Padre, que miente.  
**Blasa.** ¿Tu me desmientes, canalla?

Pues desmiente á tu sombrero,  
que debajo de mi saya  
traigo para buen testigo.

**Gin. y Ped.** Pues pícaro...

**Juan.** ¡Ay que me matan!  
**Gin.** Ese era el ruido, Perico.

No tienes honra ni barbas  
si no le castigas.

**Juan.** ¡Ay! *(Huyendo).*

**Ped.** Te he de hacer dos mil tajadas.  
**Ros.** Todo por usted.

**Blasa.** Tío Pedro; *(Defendiéndole).*  
¡Ay hijo de mis entrañas!  
que ahora me acuerdo de que  
estuvo tu madre mala,  
y te di el pecho un mes.

**Ros. y Juan.** Padre mio de mi alma,  
*(De rodillas).*

perdon.  
**Gin.** Tío Pedro, discurre *(Ap. los dos).*  
que se anticipó la Pascua.

**Ped.** Yo estoy en lo mismo.  
**Gin.** Pues

echemos el pecho al agua.  
**Los dos.** Levantaos.

**Ros. y Juan.** ¿Para qué? *(Temblando).*

**Blasa.** Para casarte, muchacha,  
con Juanillo; ¿no lo entiendes?

**Ros.** ¿Será cierto?  
**Gin.** Sí, mañana  
le darás la mano.

*Ros.* Cuánto  
há que se la tengo dada.

*Juan.* Y papel.

*Gin.* ¿Cómo, si no  
sabe escribir?

*Juan.* Nunca falta  
quien sepa.

*Gin.* ¿Y quién lo firmó?

*Ros.* Un testigo á ruego.

*Ped.* Vaya  
que nuestras disposiciones  
se han lucido.

*Gin.* Demos gracias  
á Dios que no hayan sido  
un poco mas atrasadas.

*Blasa.* Ya muerto el asno, de poco  
sirve al rabo la cebada.  
Esto se acabó, ¡jolgorio

y banquetes, que aunque anciana,  
a comer y respingar  
apuesto con las gitanas.

*Gin.* Pues vamos á disponer  
la boda.

*Juan.* Y el celebrarla  
desde ahora correrá

de cuenta de los muchachos  
y muchachas de mi escuela,  
con una grande tonada

que para el tiempo presente  
esta propia tarde ensayan.

*Gin.* Diles que vengan al punto  
á merendar y á cantarla.

*Blasa.* Yo iré, yo iré, que me muero  
por broma y por algaraza. (*Vase*).

*Todos.* Y aquí concluye la idea,  
aplaudidla ó disculpadla.

**FIN.**

VALLADOLID.—1867.

IMPRESA, LIBRERIA Y ALMACEN DE PAPEL DE F. SANTAREN.

Se halla de venta en Madrid en la libreria de la Sra. Viuda é Hijos  
de D. José Cuesta, calle de Carretas, número 9.











G 37351

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY